

Una aproximación lingüística al proceso del conocimiento desde Charles Peirce

Álvaro Jara Vílchez¹

INFORMACIÓN DEL ARTÍCULO

Historia del artículo:

Recibido: 23 de mayo, 2017

Aceptado: 30 de agosto, 2017

Palabras claves:

Charles Peirce

Filosofía del lenguaje

Pragmatismo norteamericano

RESUMEN

A mediados del siglo XIX, existió un hombre que produjo una revolución silenciosa del pensamiento. Hombre con una vida fiel a la investigación y gracia lógica innovadora: profesor, matemático, físico y filósofo pragmatista americano. Una persona polifacética cualificado como el "Kant Americano" por Apel, gracias a sus grandes ideas como gran científico y filósofo. Este hombre es: Charles Sanders Peirce (1839 – 1914), quien formó un nuevo paradigma del lenguaje y su relación con la realidad. Su pensamiento unificó la semiótica con la metafísica y la epistemología, conociéndose como la relación triádica. Este ensayo aborda este tema revalorando su pensamiento.

A linguistic approach to the process of knowledge from Charles Peirce

ABSTRACT

Keywords:

Charles Peirce

Philosophy of language

American pragmatism

In the mid-nineteenth century, there was a man who produced a silent revolution of thought. Man with a life faithful to research and innovative logical grace: professor, mathematician, physicist and American pragmatist philosopher. A versatile person qualified as the "American Kant" by Apel, thanks to his great ideas as a great scientist and philosopher. This man is: Charles Sanders Peirce (1839 – 1914), who formed a new paradigm of language and its relation to reality. His thought unified semiotics with metaphysics and epistemology, known as the triadic relation. This essay addresses this issue by reassessing their thinking.

¹ Profesional en Ciencias filosóficas por el Seminario Mayor de la Diócesis de Chiclayo, Perú. Email: alvaro12jara@gmail.com

Introducción

El título inicial de este estudio fue *Trascendencia conceptual en C. S. Peirce*, pero se decidió cambiarlo por su poca claridad y falta de importancia significativa. Error que un día Peirce anticipó: la claridad de la representación de la realidad solo será posible en la medida en la que examinemos la interpretación del signo y su efecto en el interpretante. El valor del lenguaje humano radica en hacernos pasar de lo ontológico a lo lógico, dándole un valor extra a las cosas para emplearlas y manifestar las relaciones que tengamos con la realidad y con nosotras mismos (Conesa y Nubiola, 2002).

Asimismo, la motivación principal de este estudio, centrado en el análisis de la semiótica de Peirce, son las fallas de las nuevas corrientes de pensamiento; las cuales, no logrando satisfacer su hambre de verdad, no captan ni interpretan (representar) la realidad con claridad, y terminan desbocándose en caminos de error. Debido a ello, este estudio se realizará desde un focus equilibrado, ni solo pragmatista, como suele ser conocido en los ambientes de estudio filosófico; ni solo lógico-teórico, como le toma la semiótica. Al contrario, giraremos en torno a una teoría de relación aplicable a la realidad fáctica, acuñando el nuevo enfoque *pragmatista* como solía autonombrarse.

Dentro de las inclinaciones filosóficas que hicieron posible en Peirce la unión del realismo-semiótico-epistémico-pragmático, cabe resaltar su primera influencia escolástica, base que unifica todo su pensamiento con matices de una nueva idea de realismo:

“[...] hay un mundo real que es posible conocerlo, hablar de él y ser comprendido (hasta cierto punto). Como las ideas y palabras con las que pensamos y hablamos sobre ellas”(Walker, 1996; p.1143).

Una segunda influencia fue la lectura de Juan Luis Vives, quien inculcó en el pensamiento de Peirce, la asociación del saber a la vida (elemento pragmático):

“El lenguaje constituye el elemento decisivo de la socialización del hombre por medio de la educación y la configuración de la sociedad humana. Pero el lenguaje aquí es visto como una relación o comportamiento gobernado por reglas que adquieren su sentido solo en su fin: el uso”(Nubiola, 1993; p.156).

Además a lo que corresponde a los modos de aprehensión y los efectos de la representación, provienen de una herencia kantiana. Peirce llega a transformar la teoría kantiana añadiendo una nueva categoría intersubjetiva: *the Thirdness* (la terceridad) o representación vista a un intérprete lógico (sujeto) que media entre las otras dos categorías. De igual forma, Frege, influyó en Peirce el armazón de su terminología.

Peirce propone una teoría semiótica de unas metacategorías con carácter trascendental como condición de posibilidad de cualquier forma de comunicación, y termina haciendo la transformación semiótica de la filosofía del lenguaje aplicada a la realidad. Así pues, Peirce funda un nuevo punto de apoyo de la filosofía. A partir de Peirce, las investigaciones pragmáticas y analíticas se influyen mutuamente retroalimentándose².

Por otro lado, resultaría una labor casi imposible, presentar con claridad a un autor tan importante, como Charles Peirce, con su mismo lenguaje. Por ello, se ha tratado de usar un lenguaje de conceptos unívocos, que evite la multiplicidad de referencias confundiendo al lector, como tantos de sus estudiosos lo han hecho. Tampoco se tratará de abordar el problema y la profundidad de los términos utilizados en sus obras. Además, por la falta de fama de Peirce en el mundo de la lengua española, la explicación de su pensamiento no debe aletear por los diversos sentidos que la referencia conceptual pueda tener

² La influencia peirceana más notable se encuentra en el pensamiento de Umberto Eco, quien partiendo de la lingüística, guiado por el estudio semiótico, aplicó los

conceptos lingüísticos a los sistemas de signos no lingüísticos y logró grandes avances en la lógica, semiótica, epistemología e incluso en la literatura.

la traducción, sino tendrá que ser simple; como es que lo quiso Peirce, quien trataba de fundamentar la metafísica con instrumentos epistemológicos y semióticos para llegar a la claridad, pues el ser del mundo científico es diferente al ser del mundo del hombre corriente. La realidad solo se explica con claridad usando un lenguaje claro.

Esta monografía está estructurada en tres capítulos: en el primero expondremos el sistema de pensamiento de Peirce desde el punto de vista semiótico, obviando la parte lógica para ahondar en la centralidad de sus ideas: se hará un esbozo teórico del sistema peirceano y se explicará los conceptos claves para entender su teoría.

En el capítulo segundo, quedarán manifiestos los principales problemas acerca del lenguaje que el sistema peirceano ha logrado resolver por sí solo, con la intención de resaltar el valor de la perspectiva lingüística y la deuda filosófica que se tiene con el pensamiento de Peirce. Por último, el capítulo tercero hablará de lo que –pienso yo– es la matriz de las ideas de Peirce: la trascendencia conceptual; yendo desde la pregunta sobre cómo es posible la trascendencia del lenguaje al estar en relación con la realidad, hasta el modo con que el hombre da el salto de la interioridad o subjetividad a la exterioridad u objetividad que hace posible la acción científica.

Ideas claves del pensamiento de Peirce

Bosquejo teórico

Para poder entender el lenguaje en el pensamiento de Peirce, la idea clave se halla en lo entendamos por relación *triádica* de un objeto, un signo y un interpretante, la cual estructura el campo en el que se mueve el proceso de conocimiento en el hombre. Así, al conocer, un objeto es tomado como signo, con una significación específica dentro de un sujeto, quien forma un concepto por la interpretación del signo que representa al objeto, desde una perspectiva determinada.

O lo que es el proceso invertido: un sujeto que interpreta un signo, con un valor conceptual

propio según el conocimiento que tenga del objeto, el cual representa el signo. La comprensión de esta estructura, que conforma la relación lógica de nuestro conocimiento como un proceso de significación, demuestra que la función representativa del signo no estriba en su conexión material con el objeto, ni que sea una imagen del objeto, sino en que sea considerado como tal signo por un interpretante (Conesa y Nubiola, 2002; p.70).

Lo que interesa aquí no es el término, sino el proceso. La intención de Peirce fue establecer unas leyes lógicas para la interpretación del objeto y su correspondiente búsqueda de esa verdad. Un proceso lógico entre un objeto, un signo y un interpretante, que es significación en cuanto efecto del objeto, o conceptualización en cuanto causa de un signo. De hecho, el proceso lingüístico, formado por tres términos, se relaciona intrínsecamente con los modos lógicos con que nuestra inteligencia capta un conocimiento; no solo estamos hablando de la *deducción e inducción*, sino también de la *abducción*:

“[...] proceso que parte de un hecho que puede considerarse el resultado a la búsqueda de una regla que aplicada a un posible caso daría el hecho observado y del que hemos partido”. (Castañares, 1996; p.1249).

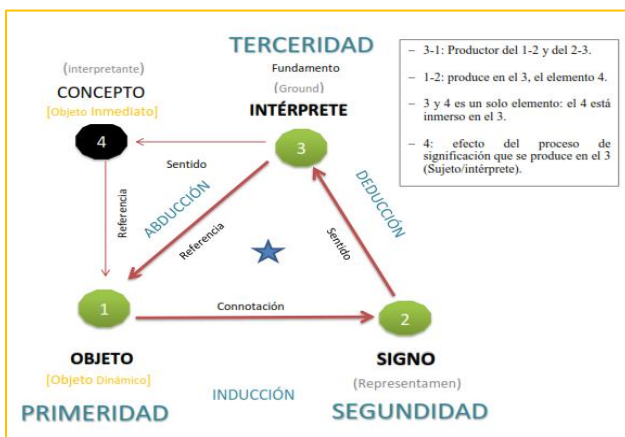
Es decir, “[...] el proceso de razonamiento mediante el cual se engendran las nuevas ideas, hipótesis explicativas y las teorías científicas”. (Génova, 1996; p.1249).

De esta forma se explica cómo es que el proceso lógico del conocimiento humano está inmerso dentro del proceso de significación lingüística. La interpretación de la realidad, es en sí misma la forma de representar e interpretar la realidad; esto es solo así por las categorías. Aunque no es lugar de hablar de ellas, cabe decir que son los elementos de relación con la realidad, son la parte pragmática con que el conocimiento asume un ‘algo conocido’. Una *primeridad (firstness)*, categoría pasiva; una *segundidad (secondness)*, categoría activa que forma una ley de interpretación; y una *terceridad (thirdness)*,

categoría relacional que forma un orden, un hábito.

Peirce no estructura estas categorías como las de Kant, como *leyes mentis*, modos de funcionamiento del cerebro, estructuras trascendentales del entendimiento, funciones o conceptos puros de acuerdo con los cuales piensa el entendimiento (Reale y Antiseri, 2011; p.553), lo que nos llevarían a pensar que la realidad no es un mero dato, sino un resultado. Kant y toda la historia de la filosofía, al hablar de relación lingüística, de proceso lógico del intelecto o simplemente del conocimiento de “algo”; toman la relación *diádica* (sujeto–objeto) y no *triádica*, como lo plantea Peirce: “Para Peirce, el pensamiento es un proceso inferencial que se desarrolla mediante signos, es decir, mediante un tipo particular de signos que son los argumentos” (Génova, 1996; p.1250), los cuales no forman una realidad, no son el objeto; representan un objeto y se dirigen hacia ello, están en el pensamiento en lugar de algo. En siguiente gráfico, teniendo en cuenta la pluralidad de sentidos de cada uno de los términos, he sintetizado el sistema peirceano. Asimismo, en las siguientes partes del presente capítulo se desarrollarán los elementos principales de este gráfico:

Gráfico 1: Esquema comprensivo sobre Peirce. Fuente: Elaboración propia



Objeto y aprehensión:

La evidencia objetual, un tema que se ha tratado por toda el desarrollo de la filosofía, hasta llegar al idealismo. Desde entonces, hablar de objeto ya no es hablar de algo sencillo de corroborar. Incluso la ciencia, en parte, dejando

atrás la evidencia, se ha fiado del desarrollo independiente de cada una de sus disciplinas. Así pues, el objeto es la fuente común de la que todo hombre bebe, pero que cada uno la saborea de forma distinta. En un claro ejemplo:

“[...] la semiótica se propone el análisis de la dimensión significativa de todo hecho desde el momento en que se asigna su pertinencia: el régimen de determinaciones objetivas que hacen significativo a lo real. Todo aquello hacia lo que apunte su mira conceptual se convierte desde ese momento en objeto semiótico” (Peirce, 1973; p.12).

No obstante, el objeto en Peirce es algo mucho más desarrollado. No es un simple fenómeno, tampoco una idea de la que la mente se alimenta, ni una oposición de un yo que se auto–descubre por la oposición. Peirce entiende por objeto, lo mismo que Frege trató de difundir: “El objeto es todo lo susceptible de ser designado por un nombre propio” (Frege, 1972; p.14), o en palabras de Eco:

“[...] el objeto no es necesariamente una cosa o un estado del mundo: es más bien una regla, una ley, una prescripción (podríamos decir: una instrucción semántica). Es la descripción operativa de una clase de posibles” (Eco, 2013; p.42).

El objeto es un algo para alguien en ese alguien, en un aspecto determinado según el alguien que percibe ese algo. El objeto, por estar ya (acto) dentro de una relación significativa, no puede tomarse de forma individual, pues conforma uno de los elementos del proceso de significación. Es decir, no puede verse un objeto sin un signo y sin un intérprete, pues este es el campo (*ground*) donde se forma la conceptualización propia del objeto. Dicho en otras palabras, el ir de un algo a un alguien, y luego remitirnos de nuevo a ese algo, es un proceso que no se estructura por momentos, sino que es algo connatural al mismo sujeto por la apertura del objeto a ser aprehendido; y este sujeto, solo volviendo al objeto, podrá darle una significación conceptual a la interpretación dada por el sentido del signo: un verdadero sistema relacional.

Algo más, Peirce, no podía comprender a un objeto en sentido propio, sino en un desdoblamiento de fuerzas que producen la apertura del proceso de significación. Aclaremos con Eco lo que Peirce trata de decir cuando hace la diferenciación entre las dos clases de objetos: el dinámico (el objeto en sí en cuanto determina al signo a determinarse por su representación) y el inmediato (el objeto tal y como el signo mismo lo representa y cuyo ser depende de la representación dada en el signo):

“Los signos se conectan directamente con sus Objetos Dinámicos solo en la medida en que estos objetos determinan la producción del signo; al margen de ello, los signos solo ‘conocen’ Objetos Inmediatos, esto es significados (o datos del contenido). Pero es evidente que existe una diferencia entre el *objeto del que un signo es signo* y el *objeto de un signo*” (Eco, 2013; p.60).

En síntesis, el signo comprende dos tipos de objetos; el dinámico (mediato) y el inmediato (conceptual). El primero es la realidad extralingüística a la que el signo se refiere (realidad de representación); y el segundo es el objeto interior al signo, es el objeto tal y como se representa por el signo (Uxía, 1996; p.1219), el resultado producido en el intérprete.

Signo y significación:

En este punto, abordaremos el lado más difícil del sistema peirceano. En un sentido amplio, el signo llega a ser la *palabra*, pero en un sentido peirceano, el signo es aquello que representa un algo en un aspecto, un elemento dotado de significado, pero que su funcionalidad evoca a una representación. Es decir, el signo es el representamen en cuanto que significa y representa algo, mas no como representación fáctica producida por un sujeto.

“La palabra es el elemento más simple de la oración y del lenguaje, que está dotado de significación” (Sanguinetti, 2007; p.33). Esto es cierto si aunamos la palabra y el signo. Sin embargo, no podemos unir un elemento de carácter analítico (signo) con otro de carácter manifestativo (palabra), puesto que aunque

coincidan en la referencia, el sentido de la expresión nunca será el sentido de la recepción. Para Peirce, la significación no implica una manifestación proveniente de otros elementos, sino que contiene un sentido que evoca a algo muy concreto y que depende del modo con que el intérprete acoge el primer elemento. No hay signo sin un intérprete, no hay signo sin un objeto, no hay signo sin un proceso.

Por ello, el signo llega a ser el elemento que hace posible la teoría lingüística conceptual y significativa de Peirce. Gracias a este redescubrimiento, Peirce hace merecer al lenguaje la base cognoscitiva que encuadra universalmente el lenguaje científico; el verdadero giro lingüístico. Porque si el proceso con el que un sujeto logra significar un objeto es simplemente directo, entonces el conocimiento sería directo, pero si comprendemos que el proceso discursivo del conocimiento va desde el objeto a un sujeto solo por medio de una significación, para luego ser remitida de vuelta al mismo sujeto en un aspecto totalmente determinado, entonces, la ciencia sería la referencia del conocimiento que hace posible una real referencia aplicativa de nuestro conocimiento. Solo de este modo, comprendemos que la pragmática es en realidad el sentido verdadero y natural del que nuestro conocimiento se adecúa a la verdad, pero de forma aplicativa.

Para descubrir el significado de las palabras, hay que preguntar no por el significado de la forma nominativa, sino por el significado en cuanto contribuye a formar una oración verdadera o falsa. Esto es así, porque el significado de una palabra está dado por su capacidad para contribuir a formar oraciones verdaderas o falsas (según sea la realidad) (Frege, 1972; p.13). Así pues, en Peirce, la palabra es formada como una conversión del signo en un elemento cultural, resultado de una connotación: “[...] la referencia del símbolo a su fundamento a través de su objeto, esto es, su referencia a los caracteres comunes de sus objetos [...]” (Uxía, 1996; p.1220). Entonces, el significado llega a ser una unidad cultural cuya representación puede ser sólo entendida a través de otras unidades culturales ulteriores (Eco, 1990; p.73–

74). De modo que el signo es palabra en cuanto unidad de significado y nada más, pues el signo abarca mucho más.

Pongamos un ejemplo: Supongamos que veamos una mesa, esta mesa tiene un signo propio, que es el código del entendimiento humano. Este signo, que se forma en el sujeto y para el sujeto, es tomado desde la perspectiva con que se encontró la mesa (el objeto): la interpretación, que a la vez forma el modo conceptual (sentido) con que se asume el objeto. De este modo, lo que acogemos del objeto toma un alto grado de significación propia que se relaciona con todo lo que el concepto de mesa tenga (como que sirve para comer o estudiar). De todo esto, el sujeto, cuando quiere expresar 'mesa', refiere a la realidad usando la palabra en cuanto que es signo fáctico y unidad de significación de lo que comprende su objeto (mesa). Sin embargo, si un carpintero trata de referirse a una mesa, su intencionalidad será distinta que el una persona común y corriente, expresa un concepto mucho más rico, pues el grado de significación de él es mucho amplio y abarcante del objeto al que se refiere. Así el signo de mesa en el carpintero, será un mundo más amplio que el de un niño y comprenderá diferentes sentidos. Aunque la expresión de mesa todos la refieran por medio de una única palabra con un significado propio de lo que el objeto en esencia es, mas no de todo lo que el intérprete pueda comprender.

En este sentido, el signo engloba todo un mundo de referencias: “[...], para Peirce, signo no es solo una palabra o una imagen, sino también una proposición e incluso todo un libro” (Eco, 1990; p.60), ya que el signo comprende todos los rasgos que va adquiriendo a medida en que se forman nuevas relaciones significativas. El signo es lo que al conocerlo, nos hace conocer algo más, es un instrumento: “... vehículo o cuerpo de un signo que ya no es un signo instrumental, sino... signo formal: el concepto” (Conesa y Nubiola, 2002; p.83).

Una unidad significativa que se encuentra y produce en el sujeto o intérprete, el concepto. Tal como lo induce su etimología: del griego *syμβάλλο* (poner juntos), unir al objeto con su significado en alguien para formar el concepto. En palabras de Peirce: “A sign, or representamen, is something which stands to somebody for something in some respect or capacity” (Castañares, 1996; p.1320)

Sujeto e interpretación:

Como ya hemos visto en los puntos anteriores, los tres elementos del acto lingüístico, del acto de significación, están relacionados interdependientemente. En este momento, se hablará del sujeto, que no es lo mismo que interpretante, ya que el segundo está implícito en el primero.

Cuando Peirce habla de interpretante, se refiere al “efecto producido en la mente por un signo”³. Es el producto del proceso mismo en el elemento 3 (ver gráfico p. 8): el concepto. Que no puede estar fuera del sujeto ya que su ser depende de este mismo, pues estamos hablando de una interpretación hecha en un campo (*ground*), o como lo expresa Eco: “[...] aspecto determinado en que cierto objeto puede comprenderse y transmitirse: es el contenido de una expresión y de hecho se identifica con el significado” (Castañares, 1996; p.1320).

Asimismo, es el *término*, aquel quien cierra el triángulo, vuelve a la realidad y hace posible la relación. Un elemento que es producto y a la vez origen, ya que le nombra le da un carácter especial de referencia del lado del intérprete en el momento de configurar al significado. En suma, el significado es el diagrama gramatical de la estructura del objeto en el intérprete, pues se identifica con él, aunque tomando todo lo que trae consigo el intérprete, su fundamento.

En este punto, nos damos cuenta que existe una diferencia muy grande entre el sentido y la referencia:

“Si el sentido se confunde con la referencia, se confunde el significado –que es algo

lingüístico- con la realidad extralingüística. Mas lo cierto es que no es lo mismo el entendimiento de la realidad que la realidad entendida” (Llano, 1984; p.79).

Así, cada concepto tiene unas características específicas que determinan su profundidad sustancial; la forma que corresponde a todo aquello predicable a su correspondiente término (palabra), con absoluta verdad: la esencia del objeto.

Todo contenido del concepto es lo que está formado en el intérprete. El sujeto toma acción del proceso significativo, en primer lugar como una causa activa, un fin operante, del que depende la interpretación y el modo de significación. Pero luego, al haber reconocido el signo, la interpretación pasa a ser una conversión procesual hasta el momento en que se llega a la significación, cuando el sujeto (intérprete) se convierte en sujeto paciente, campo operativo por el que el concepto, se forma y se remite inmediatamente al objeto mismo. Esto último es así, pues los conceptos son los contenidos mentales en que captamos la naturaleza de las cosas. Son las unidades ínfimas de intelección traducidas en palabras, pero que significan las esencias de las cosas inteligibles y entendidas por la mente como el modo de ser de las cosas, que están en el entendimiento relacionadas mutuamente formando un plexo infinito que configura el mundo del sujeto (Sanguinetti, 2007; pp. 33-35).

A final de cuentas, el intérprete llega a ser, en Peirce, una estructura que hace posible la relación de un signo a un objeto, interpretándolo como tal y dándole un grado de significación que depende de él mismo. Un alguien que acoge la realidad; un algo, que desde cierto sentido, configurar un todo dentro del alguien que relaciona, a través de la acogida de ese algo, un mundo conceptual de relación significativa.

Problemática de la interpretación y expresión del concepto

En el presente capítulo esbozaremos diferentes posturas que se han generado por un

incorrecto estudio del lenguaje, llegando a la distorsión de los procesos lógicos del conocer.

La inconsistencia del error, la afirmación de lo falso como verdadero, se genera en el intelecto humano: “Las cosas, sólo se dicen verdaderas con relación al entendimiento. De aquí que la verdad se encuentra de un modo principal en el entendimiento que en las cosas” (Llano, 2011; p.29), a pesar de eso, el error no consiste en una malformación de una realidad una vez ya hayamos captado la realidad, sino que es una distorsión del proceso en que captamos la realidad, porque el objeto que asumimos, es ya otra cosa a la que en la realidad es. La caída cognoscitiva consiste en asumir una cosa de mala manera, asumir un aspecto del algo que no forma parte del algo real, generando un proceso irregular en la referencia del objeto.

Lo otra forma de inconsistencia cognoscitiva no se encuentra en el plano inconsciente modo con que referimos un significado a su objeto, sino en la parte más consciente del hombre: la voluntad. Ésta es la mentira: “[...] la mentira nos aparece como mucho más lingüística y humana que la falsedad y, por esa razón, apunta más rectamente al ámbito comunicativo de la verdad” (Conesa y Nubiola, Ob.Cit; p.152). Pero la verdad (lógica) consiste en la afirmación de un algo (real) por parte de un sujeto que recibe cierto aspecto de ese algo (objeto) y después de acogerlo, lo vuelve a referirlo a su realidad. De todo esto se dirá que la verdad tiene una parte cultural, pues la co-relación quien corrobora su correcta relación.

Entonces, el saber estaría constituido unitariamente como una estructura armónica de carácter enciclopédico que se expresa en el lenguaje. La verdad estaría abierta a la contribución de todos: hija de su tiempo, pues en cada esfuerzo intelectual humano existe algún aspecto luminoso del que podemos aprender, llegando a ser (la verdad) un saber acumulativo construido por todos, una especie de eclecticismo (Nubiola, 1990; p.160). En este sentido, el lenguaje llega a ser un paradigma: Se usa el lenguaje para clarificar el lenguaje, pero se abandona la referencia por la significación y el sentido de la

palabra; el lenguaje ya no aparece como un camino hacia una verdad demostrable, sino hacia un espiral o galería de espejos que hace no volver al intelecto a su punto de partida (Steiner, 200; p. 37).

La correspondencia entre la expresión y el pensamiento, no es una disparidad, sino son una misma cosa, una “articulación de la unión pensamiento–mundo que acontece en el lenguaje tanto en su condición lógico–formal, como en la producción de significados y sentido antes de toda teoría o ciencia” (Flamarique, 2010; p. 69). Así pues, el lenguaje no es el determinante del pensamiento, sino la traducción de él; y en este proceso, en el que el lenguaje muestra al pensamiento, se haya la especificidad de la forma en que se realiza. En síntesis, no hay acceso imparcial al mundo real. Si lo hubiera, la libertad de expresión y de descripción lo tuvieran solo los lingüistas, pues la verdad dependería del conocimiento de los más variados sistemas lingüístico. La relación entre pensamiento–mundo–lenguaje no es extrínseca, sino intrínseca, pero depende de lo extrínseco: el sujeto capta la realidad y la asume (pensamiento) para referir su sentido mediante el lenguaje.

Aquí cayeron grandes pensadores en la historia: Descartes, al separar la mente de la materia, hizo del conocimiento algo inexplicable. Los nominalistas, al separar las palabras de las ideas de las cosas, hicieron del conocimiento algo imposible. Y en la actualidad, se ha cambiado la verdad por la interpretación: el edificio del saber lo apoyan en conceptos que el hombre mismo produce, así encuentra lo que ha puesto antes; primero pone el concepto y luego acomoda lo que percibe a esa verdad. Tiende a creer que las cosas están ahí, como objetos puros ante él. (Flamarique, 2010; p. 63).

Problemas en torno a la verdad:

La verdad es algo que no puede ser privada de alguno de sus aspectos. Si bien es cierto, en la semiótica se habla de verdad en sentido lógico, aquella verdad no puede desligarse de su realidad. Del mismo modo, la verdad no puede decirse tal,

si es que no se admite una diferencia con el objeto de verdad: la verdad y el ente tienen la misma referencia pero distinto sentido, porque la verdad añade la expresión de su formalidad; su interna inteligibilidad (Llano, 2011; p.26).

Si partimos de una premisa base: “Toda realidad es – por estar determinada – cognoscible: todo ente es susceptible de ser conocido” (Llano, 2011; p.27), la segunda premisa que surgiría es que la verdad es un concepto puramente lógico, lo existente es una realidad. El gran problema surge cuando pensamos que la verdad es algo adaptable al objeto, mientras que la verdad es el proceso mismo de ir hacia lo que hemos captado: quien se adapta somos nosotros.

“Así es, el concepto de verdad surge de referir el ente a un término que es justamente el intelecto, [...]. El concepto de verdad presupone el de ente, se basa en él. Lo que de él (ente) se explicita es justo esa conformidad en la que la verdad consiste formalmente” (Llano, 2011; p.27).

Con lo que podemos deducir: la verdad (lógica) forma parte de este maravilloso proceso lingüístico connatural al hombre por el que al conocer, no se conforma con solo aceptar lo conocido, sino que le hace formar parte de su pensamiento por medio de su significación. Así terminará por referir tal verdad hacia lo que le corresponde en cuanto objeto de la referencia: la realidad, el ente, la verdad ontológica. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad es una abstracción, es un camello lógico que no puede pasar siquiera por el ojo de un gramático (Autin, 1975).

Problemas en torno al concepto

Como hemos visto anteriormente, para Peirce, no se puede entender el concepto sin el signo y la interpretación del sujeto. En este sentido, el concepto no es que se forme por medio de lo subjetivo, sino que es el concepto lo que conforma lo subjetivo, de ahí que la falta de conocimiento sobre algo, haga referir de forma incompleta y errónea una expresión a su correspondiente objeto.

Así pues, el concepto, con una pureza que globalice a un objeto determinado, es algo imposible debido a los grados de significación total del objeto al mundo de las referencias posibles que tal objeto puede alcanzar. Esto denota la existencia de gradación en los modos de abstracción. Primero uno formal en el que “[...] se capta la naturaleza universal sin el individuo, como si ella misma fuese una cosa, algo sustantivado” (Sanguinetti, 2007; p.41). Este modo de abstracción, forma el concepto, y al adentrar en el sujeto, adquiere un sentido propio que relaciona todo lo referente a lo que dicha naturaleza pueda comprender, formándose una segunda abstracción: la abstracción total, “[...] por la que se aprehende una naturaleza universal pero significando el individuo concreto de un modo potencial e indeterminado” (Sanguinetti, 2007; p.40). Todo esto es lo que se entiende por proceso conceptual, donde:

“No hay posibilidad al inmediatismo, en el que se vincula las palabras y las cosas sin intervención de los conceptos; y tampoco hay posibilidad a la mediatización, en el que el concepto se convierta en un fin donde se detiene la referencia” (Conesa y Nubiola, ob.cit; p.85).

En este punto, encontramos el verdadero problema en torno al concepto: la referencia del concepto ¿Tiende hacia el universal? No, pues el universal es considerado tal, porque el último término de referencia es el individuo, el *suppositum*, el existente, pues es lo único que hay en la realidad. Entonces, el universal ¿En qué sentido se convierte en algo aplicable a la experiencia?

La respuesta a esta pregunta no debe dirigirse hacia una defensa del sujeto, pues caeríamos en un conceptualismo, en el que los universales no significan una estructura inteligible de las cosas mismas. Según el proceso lingüístico triádico, el universal es un descubrimiento ulterior al de significación, se induce de la experiencia y de la referencia del sentido.

La respuesta tampoco debe dirigirse hacia una interpretación de la referencia en cuanto

cognoscible como tal, pues objetivaríamos el concepto. En palabras de Gilson:

“Desde la edad Media se abrió camino una tendencia a hacer del contenido inteligible del concepto a un objeto propio del conocimiento, distinto de la cosa conocida por el concepto. Es o que se llamaba *conceptus objectivus*” (Gilson, 1974; pp.152-153).

Igualmente que la interpretación peirceana del lenguaje, en la que el concepto llega a formar un plexo de correlación ilimitada, pues tiene un *‘status irreductible’*.

Cuidando de no caer en una postura pragmatista a ultranza, en la que el concepto podría objetivarse por su función representativa y el valor convencional que posee; llegamos a deducir la respuesta a nuestra última pregunta del realismo impregnado en el último acto dentro de la relación lingüística: la vuelta al objeto.

Problemas en torno al significado:

Una equivocada comprensión del lenguaje solo como sistema de signos que remiten a otros anteriores, nos haría caer en un círculo escéptico en el que el lenguaje nunca hallaría la referencia real, como se ve en la concepción de Derrida. Por otro lado, Saussure comprende el lenguaje como un sistema lingüístico sincrónico, que da pie a un lenguaje naturalista, dejando a la convención en un segundo plano. Esto es un inconveniente, puesto que el desarrollo conceptual se produce según un sujeto, en el que su conocimiento de la realidad se desarrolla según procesos culturales y diacrónicos. Es decir, no porque la realidad no cambie, el concepto no vaya a cambiar, sino que el concepto cambia, porque el signo, y su correspondiente sentido y referencia hacia el objeto, tiene un desarrollo propio influido por aspectos culturales de un tiempo con una herencia generacional propia, que hace ver aspectos propios y más específicos de la realidad.

Este problema surge, cuando la significación se entiende de un modo *diádico*, cuando solo es posible entenderla de forma triádica: “[...] el carácter triádico de las relaciones de significación

es una cuestión que no depende de la naturaleza ontológica del objeto: la significación es siempre una relación triádica” (Castañares, Ob.Cit; p.1320).

El significado no hace una referencia total de la realidad (no se identifica con lo real), es un modo de acceso a lo real: un argumento. El conocimiento que tengamos de un ‘algo’, es siempre convencional, al igual que el proceso de significación, porque pasa el filtro interpretativo del sentido: no conocemos las cosas en su totalidad, directamente, sino que lo hacemos siempre discursivamente y desde un solo punto de vista a la vez. Del mismo modo, no expresamos el pensamiento en su totalidad significativa, sino que lo hacemos con matices de expresión según el uso que le diéramos y el contexto en el que lo utilizáramos.

En suma, en un aspecto lógico diremos con Sanguinetti: “En cuanto al significar del concepto [...], hay que distinguir entre lo significado, que es real, y el modo de significar, que pertenece a la naturaleza del concepto como signo” Sanguinetti, Ob. Cit; p.35). Mientras que desde un aspecto lingüístico, y desde una postura peirceana, diremos: Los procesos de significación son procesos de inferencia de naturaleza hipotética (abductiva en terminología de Peirce); esto es, que implica una interpretación y tiene un cierto carácter de conjetura (falsabilidad).

El giro lingüístico:

Lo que en un lenguaje filosófico actual es llamado el ‘giro lingüístico’ (tendencia a tratar los problemas filosóficos a partir de la forma en que aparecen en el lenguaje) tuvo su gestación en el pensamiento de Kant, aunque se llegó a ser notable en el de Peirce. Es una transformación semiótica de la filosofía trascendental kantiana, que luego la desarrollarán Apel y Llano. El desarrollo discursivo filosófico vuelve la cara hacia la comprensión de la estructura del significar mismo ubicada en la base del proceso cognoscitivo (Nubiola; ob.Cit; p. 157).

En este sentido, el giro lingüístico significó un recableado en el pensamiento contemporáneo.

Sin embargo, esta nueva forma de ver tiene una ortodoxia que solo algunos autores han podido sostener, ya que su expresión total se encuentra en el pensamiento de nuestro autor: Charles Sanders Peirce. Los que han tratado de invertir el proceso, negar su forma u omitir los elementos y han querido seguir asumiendo la realidad por medio del lenguaje, han obtenido filosofía reduccionistas.

Por estos errores contemporáneos, Flamarique y muchos otros estudiosos de la filosofía del lenguaje han hecho críticas desconfiadas del este modo de ver la realidad: La sospecha es la actitud de la inteligencia escarmentada, escarmentada de sí misma. Una sospecha hacia la filosofía contemporánea, que se ocupó de la reflexión sobre la pérdida de la verdad, ocasionándose la desconstrucción de las esquematizaciones que rigen imperceptiblemente el pensamiento y el lenguaje. En consecuencia: ¿Estos esquemas no serán la pantalla que impiden comprender las cosas mismas? (Flamarique, ob.cit; pp.64-65)

El significado del lenguaje se hizo depender de una máxima pragmática (como una meta-norma procesal de fundamentación última metodológica) que requiere la búsqueda de un *consensus* y de una verdad plena en razón de los hábitos de acción (Landázuri, 1996; p.1189).

Pero lo que se originaría (y ya se entiende así), es pensar que la verdad del objeto dependería del modo con que se asuma al objeto y del sentido que se haga del uso de la expresión.

La revolución o el giro, como quieran decirle, que protagonizó el pensamiento de Peirce, no es una teoría en la que se pierda el sentido de la realidad, al contrario; trata de darle un correcto sentido, al tratar de entender el modo con que la asumimos, para luego volver a la realidad. Es un circuito abierto, en el que cada referencia de una significación de un ‘algo’ hacia el mismo ‘algo’ real, genera una apertura más grande y precisa hacia la realidad. Un crecimiento irrestricto y una enciclopedia objetual tan grande como las posibilidades de conocimiento tenemos. Una

imagen vale más que mil palabras, pero una palabra comprende más que mil imágenes.

En este aspecto, la teoría de Peirce vendría a ser una “[...] teoría del desarrollo evolucionario en la que la metafísica, la epistemología y la ética al final coincidan” (Debrock, 1996; p. 1344). Pues el conocer es el factor determinante del actuar humano. Parafraseando un dicho común podríamos expresar: Dime lo que conoces y cómo lo conoces, y te diré quién eres.

Peirce y la trascendencia conceptual

En este apartado hablaremos de la relación que hay entre el modo de ver el lenguaje y el mundo en concordancia con la noción de trascendencia desde la teoría semiótica, con la esperanza de poder traslucir el alcance máximo del pensamiento peirceano.

Sintetizando todo lo visto en los capítulos anteriores, veamos que en el hombre, en primer lugar, no solo existe simple conocimiento, sino que tiene actitud, un modo, una determinada manera de conocer. En segundo lugar, esa forma propia de conocer está formalizada por la representación de lo conocido. Y en tercer lugar, lo conocido adquiere como resultado del proceso de representación, un significado que forma en el sujeto una matriz conceptual que se relaciona con todo aquello puede contener o relacionarse el significado conceptual, para terminar volviendo a la realidad e infiriendo los universales.

Entonces, el lenguaje es (digámoslo así) un juego de interpretación de un objeto y su referencia hacia el mismo al captar la significación de su fundamento (el intérprete). Puesto que, cuando el fundamento se apoya en el objeto inmediato, se convierte en un primero, en el que vamos del objeto al signo. Cuando el fundamento se apoya en el objeto dinámico, se convierte en un tercero, generando un signo nuevo o primero.

Hay que darse cuenta, que el lenguaje, conforma una exclusividad dentro de las capacidades humanas que le constituyen como

hombre, porque los únicos modos de procesos cognoscitivos que existen son dos: El *diádico*, perteneciente a los planos no racionales de la existencia, aquí se encuentran todos los procesos que estudian las ciencias naturales, los que se dan entre dos cosas por medio de una interacción (estímulo – respuesta); y luego está el *triádico*, que consiste en la conceptualización de un objeto por parte de un sujeto⁴.

Así pues, el proceso *triádico* es el que se da únicamente en el hombre, un proceso propio del intelecto: su *fundamento*. Aquí encontramos la parte trascendental del lenguaje, en la significación, pero entendida como parte de un todo procesual que es el sistema lingüístico. La trascendencia no está en el significado, sino en la relación del concepto con un intérprete. Este modo de relación forma en nosotros el mundo de los juicios, el de la consciencia, en el que la reflexión recibe todo el mundo formado conceptualmente, y al darse cuenta de la referencia, juzga al objeto cuando lo refiere a su realidad, formando el argumento: “La consciencia, no resulta ser otra cosa, una entidad, sino un acto, el acto triádico por el que reconocemos la realidad a través de su vehículo simbólico” (Walker, 1996; p.1154).

De todo lo dicho anteriormente, diremos que el paso trascendente consiste en pasar del suceso diádico al triádico, el ir desde lo biológico (sintético), a lo gramático (analítico, estructural, lingüístico y funcional), uniendo los elementos complejos (objeto) con el simple (la palabra, la entidad ideática). ¿A dónde llegamos con todo esto?

Llegamos al lugar de una fenomenología de los actos del habla, donde el actor es lo principal. Una fenomenología en el que la acción sea vista como efecto de un proceso de causa. Que confíe en una ética íntimamente conectada al lenguaje. Una defensa de la persona como sujeto moral responsable ante sí misma y ante los demás, inferida por el modo en que acoge la realidad y la asume con consciente saber del modo de significación, formando la respuesta del juicio y el

argumento. Dicho de otro modo, valorar al sujeto dentro del ámbito del progreso científico como causa y fin, y del ámbito estrictamente moral, como modo de proceder ante la realidad. De este modo podremos conocer con miras hacia la unión de la ética, la epistemología, la semiótica y la metafísica.

Conclusiones

He tratado de exponer durante toda esta monografía una síntesis equilibrada del pensamiento de Charles Sanders Peirce. Aunque no se pueda resumir todo en breves palabras, creo que las dos ideas centrales son la de relación *objeto-signo-sujeto* y el proceso del conocimiento ligado al de significación lingüística, que nunca podrá separarse de ella.

1. En los primeros apartados se trató a Peirce desde un análisis general, donde se descubre que el conocimiento del hombre no es directo, sino que tiene un proceso de relación, pues los modos lógicos actúan de forma interdependiente. Esto deslumbra la idea de relación triádica del proceso de significación: objeto, signo e interpretante:
 - a. El objeto es un algo que se aprende y que forma, mediante el signo, un concepto según el modo lógico de intelección: la interpretación de lo que el sujeto ha captado. Asimismo, el objeto –para Peirce– se comprende desde dos perspectivas distintas: la Dinámica, que es la realidad extramental que obliga a producir un signo; y la Inmediata, que es la idea que se forma en el interpretante por medio del signo y que depende del sujeto.
 - b. El signo (representamen) es aquello que representa un algo para alguien bajo algún aspecto: la representación del objeto en el sujeto con un sentido propio. En tal sentido, es la unidad significativa del lenguaje y centro del proceso de significación; diferente a la palabra en cuanto al contenido

conceptual y sentido, pero igual a la misma en cuanto a la referencia.

- c. El interpretante es el alguien quien acoge un algo por medio del signo, quien interpreta según el sentido del signo –desde su peculiar perspectiva– construye un mundo de significación conceptual dentro de él que lo refiere a la realidad.
2. Se expuso los errores suscitados en torno a los elementos del proceso del conocimiento en relación al proceso de significación lingüística:
 - a. Respecto a la verdad: El problema del error se encuentra en el sentido y la referencia con que se tome el objeto. Se cae en error por no considerar la veracidad metafísica de aquello que tomamos por objeto del conocimiento.
Por pensar que la verdad está propiamente en el conocimiento, la referencia debe adaptarse al sentido; pero la verdad consiste en la manifestación (juicio) del término de la referencia por medio de un sentido de la realidad. Quien rige es la realidad.
 - b. Respecto al concepto: Inferimos que se cae en error cuando se toma a éste como término de la referencia, como un objeto, lo que hizo el conceptualismo, Esto anula el proceso de intelección del universal, pues le desprovee de la realidad y asume al concepto en dependencia de su valor funcional pragmático. A lo que se responde que el concepto, si bien conforma un plexo de referencia significativa, tiene una funcionalidad unívoca porque el sentido al que se dirige es la realidad misma captada.
 - c. Respecto al significado: El proceso de significación tiene una referencia enmarcada en el sentido del significado, la expresión del signo depende de ese sentido dado por el intérprete. De esta forma, erraríamos al pensar que el lenguaje solo tiene un desarrollo diacrónico por no tomar la pureza del término de la

referencia; por lo que el lenguaje llegaría a ser una cadena infinita de referencias conceptuales sin término real. También caeríamos en error si pensáramos que la significación conceptual solo posee un desarrollo sincrónico, ya que la referencia única es propiamente la realidad y ésta no cambia. A todo esto, vemos que el significado de un objeto se forma pasando por la interpretación y expresión. Por ello, el significado siempre lleva una influencia cultural del sujeto.

- d. Respecto al giro lingüístico: Diremos que no es una interpretación reducida de ver solo en el lenguaje el modo con que se capta en la realidad, dejando los modos lógicos de intelección a un lado; sino que es una nueva forma de ver la realidad, en la que al conocer la representación de la misma, se puede conocer otros aspectos de ella; su sentido y su referencia. Esto es así porque solo existen dos modos de intelección: el diádico (estímulo - respuesta) y el triádico (objeto - signo - intérprete). Siendo la última el modo propio del hombre.
3. Finalmente, he señalado el lado más importante que se deduce del pensamiento de Peirce: la trascendencia conceptual. La síntesis del proceso de significación lingüística, advierte que el conocimiento parte de una realidad acogida por un sujeto que la toma de un modo y que forma con ello, un mundo de sentidos conceptuales con una referencia propia con una funcionalidad única en la realidad. Así, la trascendencia en Peirce es deducida del proceso mismo en cuanto a relación de sus elementos, del paso de lo real a analítico, de lo biológico a lo gramático y su correspondiente vuelta referencial. Porque la trascendencia no está en el significado; sino en el concepto en la relación que un sujeto pueda tener con algo. En ello está el núcleo del lenguaje, en el proceso de remitirnos del pensamiento a la realidad.

El lenguaje abarca el modo con que el hombre aprehende la realidad, conoce, se relaciona, se expresa y se identifica con ella. En suma, inducimos que la relación entre saber y actuar es tan íntima que el conocer no solo permite, sino que limita el actuar: la acción se da, de hecho, en el marco del modo del conocimiento de la realidad, y de ello depende nuestra actuación. Lo que nos queda es adentrarnos al mundo de la significación paso a paso, sabiendo bien que el término último siempre será la realidad.

Bibliografía

- Austin, J. (1975). *Ensayos filosóficos*. Madrid: Ediciones Revista de Occidente.
- Castañares, W. (1996). *El efecto Peirce*. En: Anuario Filosófico 29/3; pp. 1313 - 1330.
- Conesa, F y Nubiola, J. (2002). *Filosofía del lenguaje*, 2ª edic. Barcelona: Herder.
- Debrock, G. (1996). *La información y el regalo de Peirce al mundo*, "Anuario Filosófico" 29/3; pp.1331 - 1341.
- Eco, U. (2013). *Lector in fabula*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Eco, U. (1990). *Semiótica y Filosofía del lenguaje*. Barcelona: Lumen.
- Flamarique, L. (2010). *La tesis final de la modernidad*. En: Acta Philosophica. 19/1; pp. 59 - 81.
- Frege, G. (1972). *Lógica y Semántica*. Santiago: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Génova, G. (1996). *Los tres modos de inferencia*, "Anuario Filosófico" 29/3; 1249 - 1263.
- Gilson, E. (1974). *Lingüística y filosofía*. Madrid: Gredos.
- Landázuri, C. (1996). *De Kant a Peirce, cien años después (a través de Karl Otto Apel)*, "Anuario Filosófico" 29/3; pp. 1185 - 1210.
- Llano, A. (2011). *Gnoseología*, 7ª edic. Navarra: EUNSA.
- Llano, A. (1984). *Metafísica y lenguaje*, 7ª edic. Pamplona: EUNSA.
- Nubiola, J. (1993). *Juan Luis Vives y Charles Sanders Peirce*. En: Anuario Filosófico 26/1; pp.155 - 164.

Peirce, Ch. (1973). *La ciencia de la semiótica*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Reale, G y Antiseri, D. (2011). *Historia de la filosofía*, vol. 4. Bogotá: Editorial San Pablo.

Sanguinetti, S. (2007). *Lógica*, 7^a edic. Navarra: EUNSA.

Steiner, G. (2000). *Lenguaje y silencio*. Barcelona: Gedisa.

Uxía, M. (1996). *Frege y Peirce: En torno al signo y su fundamento*. En: Anuario Filosófico, 29/3; pp.1211 - 1224.

Walker, P. (1996). *La criatura dividida*. En: Anuario Filosófico. 29/3; pp.1135 - 1157.